

El abogado que dibujó el mundo

CARMEN MENA GARCÍA y JOSÉ ANTONIO DÍAZ REINA

El abogado que dibujó el mundo

Martín Fernández de Enciso (1469-1533)

Una biografía apasionante

A handwritten signature in black ink, likely of Martín Fernández de Enciso, written in a cursive style.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
 **u eus**
Editorial Universidad de Sevilla

Sevilla 2020

Colección Americana

Núm.: 71

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)
Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: El puerto de Sevilla en el siglo XVI.
Representación figurada de Martín Fernández de Enciso.
Diseño de la portada Javier Ramos Cabello.
Los autores le agradecen su colaboración.

© Editorial Universidad de Sevilla 2020
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© Carmen Mena García y
José Antonio Díaz Reina 2020

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain
ISBN 978-84-472-2903-1
Depósito Legal: SE 713-2020
Diseño de cubierta y Maquetación: edLibros
Impresión: Tórculo

ÍNDICE

EL ÉXITO DE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA	9
ENTRE LUCES Y SOMBRAS: UNAS PALABRAS PREVIAS SOBRE EL PERSONAJE HISTÓRICO.....	11
EN TIERRAS DE LA RIOJA	15
LOS PRIMEROS PASOS DE UN ABOGADO EN INDIAS	25
UNA NUEVA AVENTURA: ENCISO CONQUISTADOR DEL DARIÉN	31
¿ESTOS ACASO NO SON HOMBRES? EL BACHILLER ENCISO PROTAGONISTA ESTELAR EN EL DEBATE DE “ <i>Los Justos Títulos</i> ”	39
EL REQUERIMIENTO QUE SE HA DE HACER A LOS INDIOS.....	51
“CUIDAD QUE ENCISO NO PUEDA ALTERAR NI DAÑAR A LA GENTE”. EL REGRESO AL DARIÉN	67
“EN LA AUDIENCIA DE LA NONA”. EL BACHILLER ENCISO ANTE LOS JUECES DE LA CASA DE LA CONTRATACIÓN	89
UN ARBITRISTA EN LA CORTE DE CARLOS I	99
EL PRIMER RETRATO DE LAS INDIAS NUEVAS: LA <i>SUMA DE GEOGRAPHIA</i> (SEVILLA, 1519).....	107
Dibujar el mundo. El misterioso caso de la carta perdida	117
“Todo esto he visto yo por experiencia”. La naturaleza y los indios de las tierras nuevas	120
¿Simpatía por los indios?.....	126
¿ENCISO GOBERNADOR INTERINO DE LA ESPAÑOLA?.....	131
ENCISO Y LAS ORDENANZAS SOBRE EL BUEN TRATAMIENTO DE LOS INDIOS (GRANADA, 1526)	141
LA GOBERNACIÓN DEL GOLFO DEL ALJÓFAR Y EL CABO DE LA VELA O LOS SUEÑOS ROTOS	153
De nuevo a la conquista de las Indias.....	162

Las artimañas del doctor Beltrán y de García de Lerma a favor de los Welser.....	167
La capitulación de los alemanes	171
El Memorial de agravios del bachiller Enciso al emperador don Carlos.....	175
PLEITEANDO HASTA EL FINAL. LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL BACHILLER ENCISO.....	181
LA ALARGADA SOMBRA DEL CIPRÉS. MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO Y SU LINAJE EN LAS INDIAS	193
Rodrigo de Rebolledo, el alguacil inquieto	197
Juan Fernández de Rebolledo, “caudillo de los malhechores deste reino”	205
Doña Catalina de Mendoza, la hermana fiel.....	225
NOTAS FINALES.....	227
APÉNDICES.....	269
LISTA DE FIGURAS Y FUENTES.....	285
BIBLIOGRAFÍA	289

EL ÉXITO DE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA

Por debajo de la historia, la memoria y el olvido.
Bajo la memoria y el olvido, la vida.
Pero escribir la vida es otra historia. Lo inacabado.¹

El género biográfico, que arranca de épocas bien remotas, no siempre ha gozado de buena salud. A lo largo del siglo XIX y buena parte del XX fue arrinconado como un subgénero histórico más cercano a la novela, o lo que es igual a la narrativa ficcional, por considerarse demasiado subjetivo y emocional. La biografía carecía del rigor científico que exigía la verdadera historia y el desprecio por el género se impuso. Ni siquiera la renovación que introdujo en el método histórico la famosa escuela francesa de los *Annales*,² impulsora de la *Nouvelle Histoire*, cambió la situación. Por el contrario el estructuralismo metodológico como exponente máximo de la historia culta ahondaba las diferencias con el género al considerarlo como propio de “escribientes”.³ La preferencia por los grupos sociales desterró al individuo. El nuevo sujeto era el pueblo, las masas anónimas, arrinconadas hasta entonces. Estructuras y coyunturas –la historia económica y social– sepultaron la singularidad del ser humano sin caer en la cuenta de que “es el sujeto el que da vida al hecho y no al revés”.⁴ Afortunadamente a mediados de la década de los ochenta se observa un cambio de tendencia. Algunos autores, hasta entonces muy críticos con el género biográfico, se adentran en él con notable éxito. Uno de los casos más significativos es el de Jacques Le Goff, co-director de la revista *Annales*, quien con su biografía sobre el rey de los franceses [*Saint Luis*, París, 1996] abandonó todas sus reticencias considerando abiertamente a este género como “un observatorio privilegiado”, pues permitía descubrir hechos del pasado con una perspectiva diferente. Al mismo tiempo, Le Goff aseguraba que el método biográfico no era una cuestión baladí: “Me convencí de esta evidencia intimidante: la biografía histórica es una de las maneras más difíciles de hacer historia”. Había que rehabilitar el género.⁵ ¿Ha funcionado una vez más la ley del

péndulo? Parece evidente. Como nos recuerda J. Pujadas, “la revitalización de los enfoques humanistas en las ciencias sociales puede ser interpretado como una reacción frente al papel hegemónico de las perspectivas positivistas” de antaño.⁶ No es posible, no se debe renunciar al individuo.

No hace falta recordar aquí el gran éxito de público y ventas experimentado por las biografías históricas en los últimos treinta años. Es evidente que una gran masa de lectores – a los que todos estamos obligados, porque ¿qué haríamos sin un público que leyera nuestra obras– se siente particularmente atraída por las trayectorias vitales de los biografiados, por sus hechos y por la época en la que vivieron. Porque la biografía no es, no tiene por qué serlo, un retrato fidedigno y completo del personaje: a veces las fuentes nos abandonan dejando grandes huecos sin resolver, bien por la pérdida parcial de los documentos, bien porque fueron pulverizados por el tiempo, pese a lo cual el historiador se ve obligado a deconstruir el imaginario que acompaña su tránsito vital para averiguar, en la medida de lo posible, cuál fue el personaje “auténtico”, como hizo Le Goff con su San Luis.⁷ Tampoco la biografía debe implicarse en cuestionamientos éticos, ni buscar la ejemplaridad moral, tarea de la que cualquier historiador debe apartarse. Como nos recuerda J. Caro Baroja, no puede ser “apologética ni crítica... pero en cualquier caso, la biografía será un elemento esencial para entender una época y una sociedad”.⁸ Desde la distancia objetiva de lo científico, hay que tejer los hilos de la Historia, y así partiendo de la individualidad, puede llegarse a comprender y desenmascarar toda la complejidad de una época. En este camino, “la biografía exige sumergirse en las fuentes con mayor profundidad, es como ver el pasado en un microscopio, y también en un proyector”.⁹

El retorno del sujeto no se encierra en los estrechos límites de los paradigmas clásicos: la historia de los héroes, de los grandes protagonistas de la historia al modo de Herodoto y de la historia positivista del siglo XIX. Aunque no cabe duda de que “el regreso del héroe” ha resucitado también con nuevos bríos en los umbrales del siglo XXI. Y es que la biografía “puede referirse a un hombre común – a la personalidad modal o tipo que cristaliza en muchos de sus coetáneos– o al hombre marginal, excepcional, héroe o víctima, modelo o precursor de nuevos tiempos”.¹⁰ Ninguna vida humana escapa a su interés. También se mueve por una innata necesidad de rehabilitar al sujeto histórico, liberándolo de ataduras ideológicas o de falsos estereotipos para desvelar la verdad de la historia – de su historia– y del contexto histórico en el que vivió. La búsqueda de la historia olvidada y de la verdad histórica se dan la mano.¹¹ Al fin y al cabo la Historia – con mayúsculas– en cuanto proyección del pasado desde el presente nunca puede darse por concluida. Se reescribe sin cesar, afortunadamente.

ENTRE LUCES Y SOMBRAS: UNAS PALABRAS PREVIAS SOBRE EL PERSONAJE HISTÓRICO

La biografía del bachiller Martín Fernández de Enciso (¿1469?-1533), riojano de nacimiento y sevillano de adopción, resulta tan apasionante como desconocida. Ya lo advirtió en 1948 el archivero madrileño José Ibáñez Cerdá, quien en su prólogo a la *Suma* de Enciso anotaba lo siguiente: “Fue el bachiller Martín Fernández de Enciso una de las extraordinarias figuras que tan abundantemente produjo la España del siglo XVI, en las que de forma rara se aunaron la acción y la ciencia, las armas y las letras”. Y a continuación añadía con un discurso épico tan acorde con aquella época. “Es lástima que su personalidad, como la de casi todos nuestros exploradores y conquistadores, no haya sido suficientemente estudiada; pero aún así, lo que de él sabemos tiene el novelesco y apasionante interés que aureoló siempre a los primeros colonizadores del Nuevo Mundo”.¹²

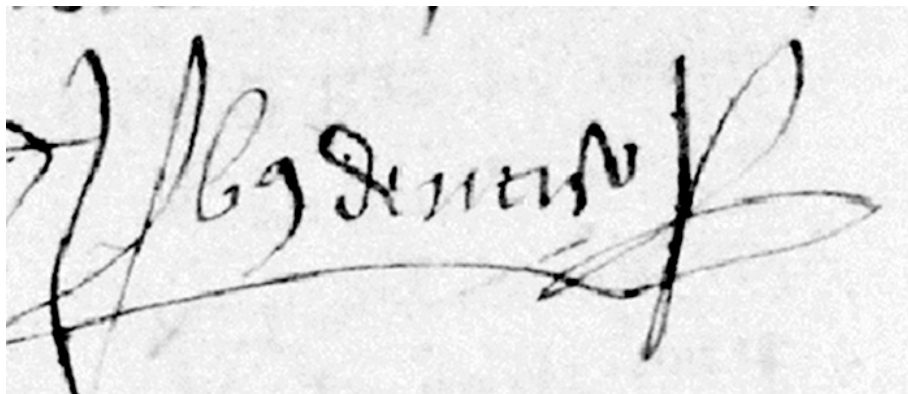
El erudito E. Otte cuando se ocupaba de Enciso como beneficiario de la primera capitulación de poblamiento de Venezuela, lo atisbaba como un personaje empleado en múltiples actividades: “abogado, funcionario del rey, naviero, geógrafo, empresario mercantil, hombre político y escritor”. Y a continuación apostillaba: “es entre las figuras importantes de los comienzos de América, de las que menos huellas han dejado”.¹³ Pero como podrá comprobarse por la lectura de estas páginas y por las citas documentales que las acompañan, si hay algo que destaque del personaje es la abrumadora información que se ha conservado sobre el bachiller y sus familiares, lo mismo de su etapa española como americana, algo especialmente grato para el investigador del periodo de la Conquista, acostumbrado a tantos vacíos testimoniales, bien por los estragos sobre el papel del paso de los años, bien por su misteriosa y descorazonadora pérdida.

Mariano Cuesta, en la edición más reciente de la obra geográfica de Enciso, precisaba que la etapa anterior a su llegada a América “ha interesado bien poco”,¹⁴ pero si dejamos a un lado la labor científica del bachiller y su famoso

tratado geográfico, este abandono es también manifiesto durante su etapa americana, que fue más breve de lo que algunos suponen. Pues, en efecto, se ha dicho que Enciso “pasó la mayor parte de su vida en el Nuevo Mundo”,¹⁵ lo cual, como más adelante comprobaremos, no parece cierto.

Ignorábamos dónde nació, quiénes fueron sus padres, si estuvo casado y tuvo o no descendencia. De su activa participación en la exploración y conquista del Nuevo Mundo todo el mundo se hace eco, pero dado que era abogado, ¿conocemos las vicisitudes de su actividad profesional o a qué otros menesteres dedicaba buena parte de su tiempo? ¿Qué hizo mientras estuvo en España? ¿Qué lugares visitó? ¿Con quién se relacionaba? Como verá el lector, demasiadas incógnitas por desvelar... Consecuentemente cuando los historiadores se ven obligados a referirse al bachiller y a su época caen en la cuenta de que navegan en aguas procelosas ante la falta de una biografía seria y bien documentada a la que asirse. Dado que no acuden directamente a las fuentes documentales para indagar en el personaje y desvelar sus misterios, no les queda otro remedio que repetir hasta la saciedad los mismos sucesos y anécdotas reflejados en las crónicas del siglo XVI, o en rancias bibliografías, cometiendo con frecuencia grandes errores.¹⁶ De este modo, el bachiller Enciso se ha convertido en una especie de momia histórica, encerrada en la lúgubre celda del abandono más absoluto. Que sepamos, sólo un francés, llamado Roquette, se interesó por el bachiller Enciso en un opúsculo de tan sólo 16 páginas publicado en París a mediados del siglo XIX.¹⁷ Desde entonces hasta ahora nadie ha vuelto a intentarlo.

Las razones que avalan semejante vacío historiográfico, pese al interés del personaje, se nos escapan. Tal vez sea la desidia que mueve a los estudiosos a acantonarse en los mismos nombres propios y en los mismos senderos, ya trillados por otros. Tal vez el impacto de la historiografía decimonónica, seducida por los grandes héroes y sus hazañas, –recordemos aquí a Vasco Núñez de Balboa– siga siendo por desgracia y pese al tiempo transcurrido, demasiado fuerte. No obstante, y esto es lo que más despierta nuestra atención, Martín Fernández de Enciso no fue un personaje de segunda fila, uno más de los muchos actores anónimos en los años cruciales de la conquista española del Nuevo Mundo. Por el contrario, ocupó puestos de relevancia tanto en España como en las Indias; se relacionó con los personajes más importantes de la época, comenzando por el mismo rey Fernando el Católico y por su nieto Carlos I; redactó sesudos memoriales para la corona, y participó en las juntas cortesanas más decisivas de estos primeros años, influyendo en ellas con sus polémicos pareceres; se convirtió, merced a sus amplios conocimientos de



Detalle de la firma del bachiller Enciso. Fuente: Carta autógrafa del bachiller Enciso, alguacil mayor de Castilla del Oro, dirigida al Consejo de Indias. 30 de junio de 1516.

geografía, astronomía y náutica, en el primer cosmógrafo de las tierras nuevas de las Indias; defendió como abogado a personajes ilustres, como fray Nicolás de Ovando, el gobernador de Santo Domingo; fue conquistador y alcalde mayor de la Tierra Firme de Urabá y gobernador –seguramente interino– de La Española, así como gobernador frustado de una porción de Venezuela, y mientras todo esto sucedía, se lucró con todo lo que podía reportar beneficios como un exitoso mercader del comercio atlántico.

Pese a todo ello, exceptuando su trabajo intelectual y algunos momentos o actuaciones que podríamos considerar “estelares” en la vida de nuestro bachiller, que por lo mismo han sido sobradamente reproducidos, numerosas sombras empañan los acontecimientos cardinales de su existencia. Y no es por falta de fuentes primarias, que, como ya advertíamos, se conservan bien abundantes, sino por mero desinterés de los historiadores. Como podrá apreciarse a lo largo de estas páginas, al margen de las cualidades morales que adornaran su persona, o la falta de las mismas, Enciso fue un personaje singular: un bachiller metido a conquistador, polifacético y cultísimo, que entendía y se manejaba con soltura en muchas y muy diversas materias, pero que tuvo la suerte o la desgracia de ocupar el mismo escenario y competir con los más grandes protagonistas de aquella gran aventura, quienes al final le hicieron sombra o se interpusieron en su camino, arrebatándole el cetro que él ansiaba con todas sus fuerzas.

En líneas generales, no ha gozado de la simpatía de los historiadores. Por sus andanzas en la Tierra Firme y su enconada enemistad con Vasco Núñez de Balboa, hay quien lo considera como un ser despreciable, afeado por los

defectos más viles, e incluso se le señala, sin ningún fundamento, como el responsable directo de la muerte del extremeño. “Sin exageración, –escribe A. Melón– puede afirmarse que el bachiller Enciso afila el hacha que degüella al infortunado Vasco Núñez de Balboa en la segunda quincena de enero de 1519”.¹⁸ Giménez Fernández, quien tampoco oculta su aversión por Enciso, se refiere a él como “el petulante bachiller” o “el arribista”, y por sus planteamientos anti-indigenistas y serviles a la corona, lo despacha, entre otras lindezas, con los títulos de “indófobo” y “rabioso colonialista”.¹⁹ Resulta evidente que Enciso, un personaje que se ha hecho antipático a fuerza de subrayar sus rasgos más negativos, tiene más detractores que partidarios: los tuvo en vida, y los sigue teniendo ahora después de tanto tiempo. Sus contemporáneos nos lo presentan como un hombre frío, rencoroso y vengativo, y en esta misma línea se mueve buena parte de la historiografía de la época del descubrimiento.

Muy diferente es la generalizada apreciación y elevada estima de la que viene gozando Enciso como autor de la *Suma de Geografía*, el primer manual cosmográfico y de navegación, publicado en Sevilla en 1519, abriendo el camino a una larga lista de brillantes seguidores. En este caso, Melón y Ruiz de Gordejuela, a quien hemos de situar a la cabeza de los detractores de Enciso, subrayaba “que la obra es muy superior al autor”, pues “el valor científico de la misma no armoniza con el desvalor moral del que la escribió”.²⁰

Al margen de las pasiones y desvaríos que desatan los grandes hombres de la Historia, a partir de ahora nadie podrá negar el interés excepcional que encierra nuestro personaje. Indudablemente es necesario profundizar en su figura, rehabilitarla y, conociéndola más de cerca, asignarle el lugar que bien le corresponda. Juzgue el lector por sí mismo.

EN TIERRAS DE LA RIOJA

Apenas nada sabíamos de los primeros años de la vida de Enciso, tanto de su etapa española como de su estancia en Santo Domingo. Tradicionalmente se ha venido afirmando que Martín Fernández de Enciso nació en 1470, aunque más recientemente Ibáñez Cerdá, basándose en una declaración del propio bachiller, la adelantó a 1469.²¹ Respecto a su origen, es preciso anotar que casi todos los autores, tales como Roquette, Boyd Bowman, Haring o Rodríguez Piñero –por citar sólo a algunos–, lo hacen natural de Sevilla y así ha venido siendo considerado hasta la fecha.²² Pero como a continuación desvelaremos, se conservan testimonios documentales, tan abundantes como desconocidos, que echan por tierra esta teoría demostrando que las raíces del bachiller no estuvieron en Andalucía sino en La Rioja Baja y más concretamente, como intuía Ibáñez Cerdá²³ y como sugiere su topónimo, en la villa de Enciso, feudo de la Orden de Calatrava y luego de los Duques de Medinaceli, donde estuvo avecindado el matrimonio formado por Juan Fernández de Enciso y Catalina Fernández (los padres del bachiller) así como Martín y Diego, los hijos de ambos.²⁴

Más complicado resulta averiguar el momento preciso en el que nuestro personaje decide abandonar la villa natal de Enciso, en donde hereda casas y tierras, para instalarse en la vecina Calahorra, a tan sólo 30 km de distancia y a 41 actualmente por carretera. Por desgracia, los documentos de la época, tan fragmentados como escurridizos, no arrojan luz sino confusión pues, al menos en una horquilla de cuatro o cinco años, reconocen al bachiller ya vecino de Enciso, ya de Calahorra,²⁵ e incluso en un año concreto (1498), como iremos desvelando en las páginas siguientes, señalan su residencia en Logroño,²⁶ y al tiempo lo reconocen como vecino de Calahorra.²⁷

No obstante, es evidente que la cuna del bachiller estuvo en Enciso, la próspera villa riojana de la comarca de Arnedo, actualmente perteneciente a Logroño. Atravesada por el río Cidacos y resguardada por una fortaleza medieval, Enciso era ya en el siglo XVI un importante centro ganadero que también habría de ganar merecida fama por los paños de su industria textil.²⁸ De

allí eran sus padres y allí nacieron no sólo él sino también sus hijos. No otra cosa se deduce de un documento de la época que viene a zanjar definitivamente la cuestión. Se trata del acta redactada en 1568 con motivo de la fundación de un patronato por uno de los vástagos del bachiller, llamado Juan Fernández de Rebolledo. En uno de sus puntos, concretamente el referido al legado dejado para la dotación de mujeres casaderas con especial preferencia para “las parientas”, textualmente se nos dice “que todos los años (el día de la Anunciación) se pongan edictos en las iglesias de las villas de Enciso y Munilla²⁹ en la Rioja, *donde fue natural el fundador*, y en cuyos pueblos están la mayor parte de los parientes...” para que todas reciban aviso.³⁰ El texto no precisa mayor comentario.

Los Enciso conforman una saga familiar de miembros muy destacados en La Rioja. Muchos de ellos eran importantes hombres de negocio que ayudaron a la monarquía con sustanciosas contribuciones y a la Iglesia con importantes legados en dotaciones religiosas y obras pías.³¹ Tal es el caso de Pedro de Enciso, perteneciente a una poderosa familia de mercaderes, quien en 1493 figuraba entre los diez mercaderes más ricos de Logroño.³² Es bien sabido que desde fines de la Edad Media, los hombres de negocio riojanos actuaban con gran dinamismo en múltiples actividades que iban desde el ámbito local al internacional; reforzaban sus fortunas con lazos matrimoniales convenientes y controlaban los cargos concejiles en beneficio propio. Estas burguesías locales eran conocidas en La Rioja como *ciudadanos-ruanos* y durante mucho tiempo ocuparon lo más elevado de la pirámide social en ciudades tan importantes como Logroño, Nájera y Calahorra.³³ Muchos de ellos amasaron su fortuna suministrando productos básicos a los mercados locales. Un buen ejemplo de vecino exitoso es el de Juan Fernández de Enciso, el padre del bachiller Martín Fernández de Enciso, quien en 1484 figuraba como abastecedor de carne del concejo de la vecina villa de Herce con la que mantenía un complejo pleito por incumplimiento de lo pactado.³⁴ Lamentablemente no sabemos si existía algún vínculo de parentesco entre el mercader Diego de Enciso, encargado de abastecer de carne la villa de Arnedo en 1507 junto a su socio Juan García, con nuestro bachiller, aunque queda abierta esa posibilidad.³⁵

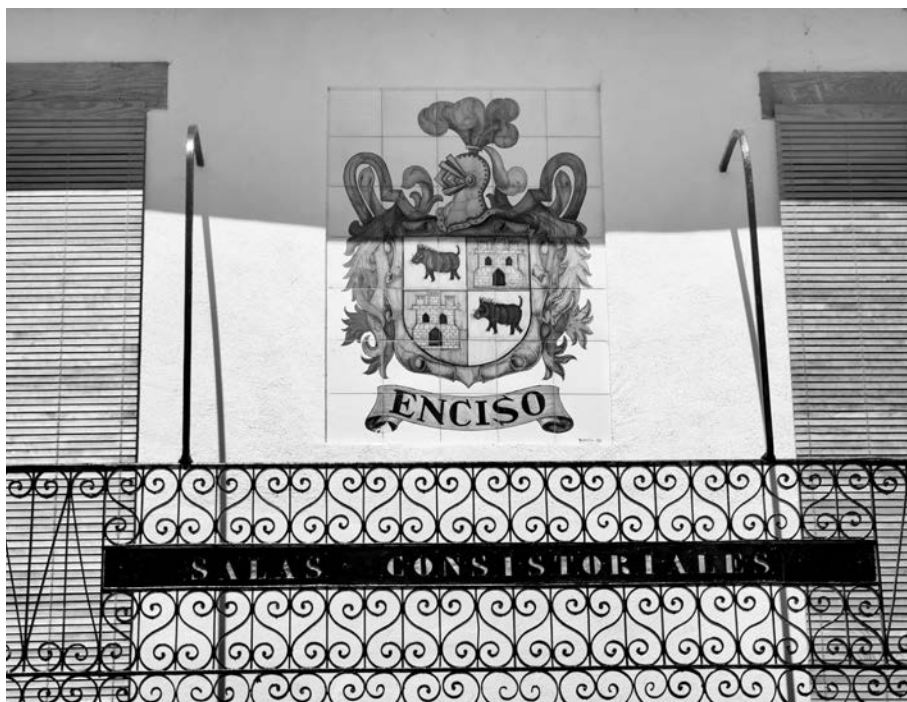
Todo apunta a que Martín Fernández de Enciso habría nacido en el seno de una familia bien acomodada, de hombres de negocio, perteneciente a la élite urbana de Enciso: en primer lugar, por los negocios del padre y en segundo, por el hecho de que al menos un hijo de la pareja, Martín, pudiese cursar el bachillerato en leyes, probablemente en Salamanca,³⁶ llegando a adquirir un vasto conocimiento en geografía y astronomía. En el refranero de



Vista panorámica del municipio de Enciso en La Rioja (España).

aquella época se señalaban tres caminos para el ascenso social y económico de los más ambiciosos: “Iglesia o mar o Casa Real, quien quiera medrar”. Nos queda la duda de si nuestro riojano tomó uno de estos senderos, el de la Iglesia, introduciéndose en sus filas. En un documento fechado en 1490 figura un tal “bachiller de Enciso” como provisor y vicario general del obispado de Calahorra.³⁷ ¿Acaso se trataba de un homónimo? No puede descartarse esta última posibilidad pues los Enciso habían plantado un árbol de ramas abundantes en la Rioja.

Indudablemente la familia de nuestro bachiller, los Fernández de Enciso, contaban con apoyos muy influyentes en la región lo cual se constata por el temprano desempeño del bachiller en cargos públicos de notable importancia. Sin contar con el respaldo de una familia acaudalada y reputada a nivel regional no se entiende esta fulgurante carrera política. Y así nos encontramos a Martín, con tan sólo veintinueve años, como alcalde de Logroño (1498) y un año más tarde como teniente de corregidor de la citada población (1499).³⁸



Detalle de la fachada del ayuntamiento de Enciso.

Para entonces Martín Fernández de Enciso ya había casado con doña Juana de Rebolledo, natural de Tudela (Navarra) e hija del comendador don García de Rebolledo y doña Ana de Mendoza,³⁹ quien aportó como dote y arras al matrimonio una suma de 80.000 maravedís.⁴⁰ Conseguía de esta manera el bachiller vincularse con una familia hidalga, gracias a la cual podía mejorar su posición social y adquirir los vínculos de compadrazgo necesarios para fortalecer su presencia en el escenario riojano. El matrimonio se instaló en la vecina ciudad de Calahorra, cabeza de obispado e importante centro artesanal y comercial de una amplia región. Para su hogar familiar, en la Navidad de 1498, Enciso y su esposa, doña Juana, habían comprado a Iñigo Sánchez y a Isabel Millán unas casas y corral sitas en “la merindad de Calahorra, adonde dicen *el Cabezón*” por 47.000 maravedís, que finalmente fueron causa de un enojoso pleito por impago e incumplimiento del contrato.⁴¹ Por cierto, transcurridos algunos años el matrimonio Enciso perdió este litigio. El razonamiento de los jueces de la Chancillería de Valladolid a la hora de emitir

su sentencia desfavorable condenaba, además, al bachiller Enciso al pago de las costas “porque el dicho bachiller no prosiguió su apelación, según e cómo debía...” No sería la primera ni la última vez en que un proceso judicial que implicaba a Enciso se sentenciaba de tal modo.

Muy pronto llegarían los hijos frutos de este enlace. Conocemos los nombres de tres de ellos: Rodrigo de Rebolledo, Juan Fernández de Rebolledo y Catalina de Mendoza, aunque es posible que la descendencia de los Enciso fuera más numerosa.⁴² Por entonces ignoraban que su destino, próspero e inaudito, no estaba en La Rioja sino en las tierras del Nuevo Mundo. Es de suponer que ante las largas estancias del bachiller en Indias, sería la madre, una mujer analfabeta pero con gran empuje, la encargada de criarlos y tutelarlos, primero en La Rioja, y luego en Sevilla, una vez que su esposo decidió marchar a probar fortuna en el Nuevo Mundo. También sería ella la encargada de defender la hacienda familiar cuando ésta se viese peligrar por diferentes pleitos y conflictos, valiéndose, como su esposo, de todos los medios a su alcance para lograr sus objetivos. Juana era en este sentido el complemento perfecto del bachiller: una mujer de armas tomar, dispuesta a defender con uñas y dientes la prole y el patrimonio familiar durante las largas ausencias del bachiller.

Gracias al apoyo familiar y a sus redes de influencia, el bachiller Enciso fue abriéndose camino en tierras riojanas a una edad relativamente temprana. Suponemos que su actividad en Calahorra y en Logroño en puestos de tal importancia, a nivel local y regional, le permitieron ocupar un lugar destacado en la burguesía riojana y codearse con los ciudadanos más poderosos. No obstante, su actuación como cargo público estuvo plagada de incidentes de todo tipo y de irregularidades en el desempeño del cargo, que dibujan su perfil humano siendo todavía muy joven y anuncian su *modus operandi* en los años venideros. Por ejemplo, el de un grave suceso ocurrido en 1498, siendo el bachiller alcalde de Logroño, cuando una turba armada dirigida por un tal Juan de Vergara, tesorero de Logroño, invadió la iglesia de Santa María la Redonda amenazando por la fuerza a su cabildo e injuriándolo gravemente. Una Real Cédula ordenaba al corregidor de Logroño averiguar las razones que habían movido al bachiller Martín Fernández de Enciso para no proceder contra los culpables.⁴³

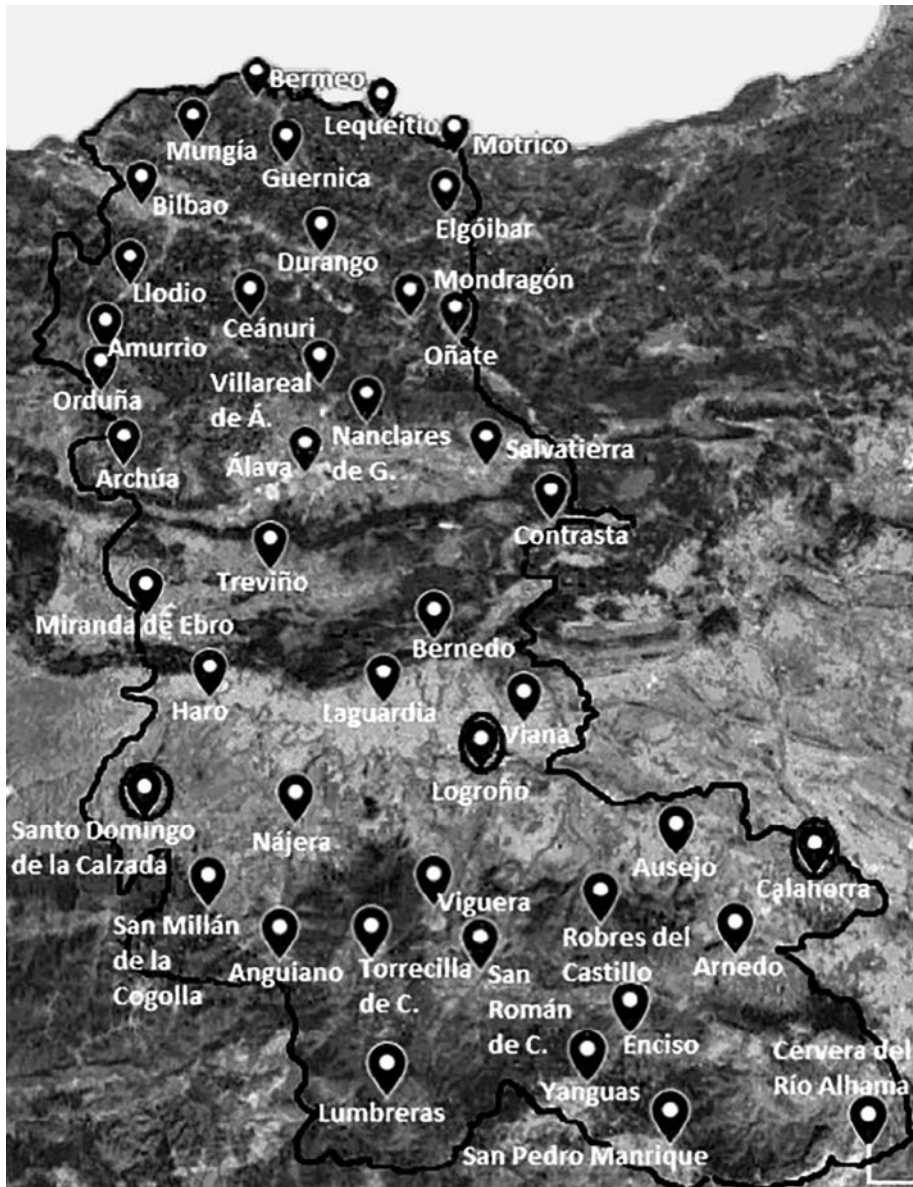
En 1500, después de que Juan Fernández, padre de nuestro bachiller, hubiera fallecido, los dos hermanos Martín y Diego Fernández de Enciso, sus hijos y herederos —el primero declaraba estar avecindado en Calahorra y el segundo en la villa de Alfaro— pleiteaban por la herencia familiar.⁴⁴ El pleito

constituye otra constante en la vida del bachiller Martín Fernández de Enciso, la actividad que mejor identifica la larga y complicada hoja de servicios de nuestro personaje: turbios negocios, infracciones innumerables, deudas sin pagar, libelos difamatorios contra aquellos que obstaculizaban sus intereses personales, desembocaban con frecuencia en largas contiendas judiciales, liquidadas no siempre con éxito. Claro que, aun siendo reprobables tales actos, cualquier investigador agradecería la agitada trayectoria de una figura histórica. De no ser así, no habrían sobrevivido tantos testimonios sobre su andadura.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. En 1501, una vez radicado en Calahorra, encontramos al bachiller involucrado en su actividad predilecta: el comercio. El hecho de que no tengamos ningún testimonio anterior no quiere decir que Enciso comenzara en este preciso momento a mercadear. Su interés por los negocios era algo innato y es de suponer que tan pronto como pudo, habría comenzado a dedicarse a la compraventa de todo tipo de bienes que pudieran reportarle algún beneficio económico, empezando por la trata de ganado; al fin y al cabo ese había sido el negocio paterno y, por consiguiente, el que mejor conocía. El pleito al que nos referiremos seguidamente es un buen ejemplo. Se trata de un litigio en el que se acusa al bachiller de haber estafado al comprador en la venta de un rebaño de cabras destinado a la producción de cueros. En esta ocasión el demandante, un tal Francisco Marte, zapatero de Calahorra, denunciaba a Enciso por haberle vendido un ganado envejecido de machos cabríos sin ninguna hembra.⁴⁵ Y aunque finalmente la sentencia fuera favorable al bachiller, de la demanda del zapatero se deduce que el fraude y el engaño planeaban sobre aquella operación de compraventa.

Unos meses antes, el bachiller, quien declara por entonces ser vecino de la villa de Enciso (¿?) se había enfrentado a otro litigio. En esta ocasión era él quien reclamaba a Diego Jiménez, alcalde ordinario de la villa del Portillo, una deuda pendiente por la venta de tres suertes de “una heredad que llaman del Portillo que es en el término de la dicha villa”, por una suma de 5.600 maravedís y de la que el comprador, Diego Jiménez, sólo había satisfecho 1.500 maravedís, además de tenerle ocupado “un molino suyo que dicen de la Puente, que está en la citada villa”.⁴⁶ Pero de todos los pleitos en los que se vio envuelto Enciso durante su etapa española, ya fuera como demandado o demandante, sin duda el que más quebraderos de cabeza le produjo fue aquél que lo enfrentó a Gonzalo de Vera, un rico hacendado de Calahorra. Veamos...

Es bien sabido que en los inicios de la Edad Moderna, al igual que en el Medioevo, los códigos sociales consideraban el honor de las personas como un valor más importante que la vida misma. Era ésta “una época frágil que hizo



La cuna riojana del bachiller Enciso. Mapa de la diócesis de Calahorra y la Calzada a mediados del siglo XVI. Los círculos señalan las tres sedes de la diócesis: las catedrales de Santa María de Calahorra, la catedral de Santo Domingo de la Calzada y la concatedral de Santa María de la Redonda de Logroño.

de la infamia, tanto como del honor, algo consustancial a la propia existencia comunitaria”.⁴⁷ Por consiguiente la injuria, la calumnia y el libelo difamatorio, en cuanto que atentaban frontalmente contra el honor y la honra, se consideraban gravísimas afrentas y como tal exigían castigos ejemplarizantes. También resultan sobradamente conocidas las calumnias que se lanzaban entre sí los vecinos de las ciudades castellanas en una dinámica de afrenta social marcada por la violencia cotidiana. Como nos recuerda F. Bauzá, “sólo hay que acercarse a los numerosos procesos abiertos por *injurias verbales* para estimar la frecuencia con la que los conflictos del lugar más pequeño (en España) acababan en ruidosos donaires y sonoros denuestos”.⁴⁸ En este periodo histórico se impuso el destierro y la inhabilitación de oficios públicos para los responsables, aunque en ocasiones se exigió también una rectificación pública como modo de reparar el honor del injuriado. Los hechos tuvieron lugar en 1502 cuando Gonzalo de Vera, un rico hacendado de Calahorra denunció al bachiller Enciso y a su cómplice, el procurador Diego de la Fuente Pinilla, por haber hecho circular un libelo difamatorio contra su persona “con ánimo o intención de deshonorar e injuriar e infamar muchas e diversas veces, así en el regimiento de esta dicha ciudad como fuera dél ante muchas personas”. En la demanda presentada se les acusaba de falsedad, de compra de testigos con dinero y de haber cometido otras muchas injurias y calumnias. El proceso fue llevado hasta las más altas instancias y finalmente el 19 de enero de 1503 una real cédula dirigida a las autoridades de Calahorra confirmaba la sentencia dada por la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid condenando a los culpables, además de al pago de todas las costas (3.008 maravedís), con las penas más severas. En primer lugar, en “*el destierro perpetuo de estos nuestros reinos e señoríos perpetuamente...* e que la primera vez que lo quebrantasen muriesen por ello”. Y además, en “*privación de los oficios de abogacía e procuración por toda su vida*”, ordenando que los reos no usasen en adelante “de los dichos oficios so las penas en que caen e incurren los que usan e ejercen de oficios públicos siendo de ellos inhabilitados, e otrosí les condenaron en perdimiento e confiscación de la mitad de sus bienes para nuestra cámara e fisco”.⁴⁹

La justicia tenía, en efecto, un propósito tan sancionador como ejemplarizante. El destierro apartaba bruscamente al condenado de su entramado social y familiar obligándolo a buscar un nuevo destino, lo lanzaba al extrañamiento, lo confinaba al desamparo humano y familiar más severo. Y si además se le impedía ejercer su oficio, en este caso la abogacía y la procuraduría, es evidente que al reo sólo le aguardaban años de miseria y aislamiento. Ante este

terrible dilema se encontraba el bachiller Martín Fernández de Enciso en los albores de 1503. Aquí, en el destierro forzoso, se desvelan las verdaderas razones que obligaron a un riojano, bien situado y respetado por sus vecinos, a un astuto hombre de negocios con cargos públicos relevantes y una familia estable, a abandonarlo todo para lanzarse a la aventura del Nuevo Mundo. Sólo allí en aquellas tierras lejanas y pendencieras había oportunidades para comenzar una nueva vida. Y el bachiller no estaba dispuesto a perderlas.